
ANUNCIACION.

DISCURSO II.

*Spiritus Sanctus superveniet in te,
et virtus Altissimi obumbravit tibi:
ideoque et quod nascetur ex te sanc-
tum, vocabitur Filius Dei.*

El Espíritu Santo bajará á tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; y lo que nacerá de tí santo, se llamará Hijo de Dios.

(Luc. I, 35.)

Estas sublimes palabras, que nunca hubiera pronunciado la lengua humana si no las hubiese traído del Cielo un arcángel, y que bastarían por sí solas para probar la realidad de un misterio inaccesible á todo entendimiento criado, expresan el modo supremo con que el Hijo único del Padre se unió personalmente á nuestra naturaleza en el sagrado seno de la virgen María. Recojámonos, hermanos míos, con un santo temor: desprendámonos de las nubes que oscurecen la inteligencia al oír el mensajero celestial anunciar á una humilde mujer, que las miradas del Altísimo se han fijado en la belleza de su alma. «El Espíritu Santo bajará á tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; y el Santo que nacerá de tí, se llamará el Hijo de Dios.» Estas palabras abren á los ojos de la fé el horizonte del mundo sobrenatural: nos manifiestan la virtud infinita del Padre, la sabiduría eterna del Verbo, y su amor sustancial, trabajando por producir su más asombroso prodigio en el seno de la Virgen inmaculada; arrebatan el pensamiento y la admiración más allá de todas las esferas de las cosas criadas, é introducen el alma en los secretos más impenetrables del Dios tres veces santo. Y con todo eso, hermanos míos, ¿os hallais poseídos de un inexplicable asombro al figuraros el instante solemne, en que el enviado del Altísimo descubre á

María las leyes misteriosas, por las cuales va á cumplirse en Ella el acto supremo de la omnipotencia? ¡Cuán ciegos y desgraciados somos! Los menores rumores de la tierra, los sucesos más indiferentes de este mundo nos sorprenden y enajenan; y no tenemos elogios ni éxtasis al pensar, que el mismo Dios se dignó de hacerse el hijo de la mujer y el hermano del hombre. No tenemos admiración, y quizá ni amor tampoco á la Virgen por excelencia, que fué entre todas las criaturas la causa más activa y poderosa de la apoteosis de nuestra naturaleza y de la salvación de la humanidad.

Meditemos por este lado las divinas grandezas de nuestra Señora, y veamos como imitando las virtudes y santidad que la prepararon para su vocación sublime, podemos aspirar á participar, en cierto modo, de su gloria y felicidad. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

Es sentir común en la doctrina de la sagrada teología, que la gracia divina formó virtudes tan excelentes, perfectas y admirables en el corazón de la Reina de los ángeles, que promovieron el acto supremo de la Encarnación. Así, cuando exclamaba el sublime Isaias: «Lluevan las nubes al justo, ábrase la tierra y brote el Salvador (1);» pedía á Dios que enviase la Virgen, cuya alma será el Cielo, y su seno virginal la tierra de donde saldrá el Hijo de Dios. Pero ¿con qué virtudes, en el sentido católico de la palabra, mereció la Virgen Santísima ser Madre de Dios? El misterio de la Encarnación, impenetrable á toda inteligencia creada, no puede ser conocido sinó por un modo de fé divina sobrenatural. Para conocerlo es preciso creerlo, y para creerlo es menester que lo revele Dios. La primera virtud con que debió prepararse la Virgen Santísima para la gloria de la maternidad divina fué la fé, pero una fé elevada á su grado más alto y magnífico en el corazón de una criatura.

En el designio providencial de Dios, la fé de María fué, si me atrevo á decirlo así, el elemento efectuante de la generación temporal del Verbo. María creyó en la posibilidad y verdad del dogma inefable de la unidad personal del Verbo con la naturaleza del hombre, y lo creyó con una fé tan enérgica, que no permitía á la infinita bondad resistirse á la eficacia de sus súplicas. Y hé ahí, hermanos míos, cuantos milagros se encierran en la fé heroica que canonizaba Sta. Isabel en María cuando le decía: «Tú eres bienaventurada porque has

(1) ISAI. XLV, 8.

creído.» María creyó que el seno de una virgen podía concebir y llevar á un Dios. Y como desde la edad más tierna contrajo el sagrado empeño de no tener otro esposo que el Dios de su alma, debió creer sin vacilar, que podría concebir y engendrar el Hombre Dios, revestirle de nuestra carne, y criarle con su leche virginal, sin perder el tesoro que estima en más que su dignidad misma. Abrahán, tan ponderado por su fé, creyó firmemente, miéntras tenía el cuchillo pendiente sobre la cabeza de su hijo único y muy amado, que se cumplirían en él las promesas divinas; y la Virgen santa creyó con una fé más elevada, firme y heroica, que el Unigénito de Dios Padre sería hijo suyo, y que sin cesar de ser Dios se haría hombre el Verbo infinito. Ahí está, hermanos míos, el sumario divino de los misterios terribles impuestos á la fé de María.

El Salvador pasará tres años en fundar la fé de sus apóstoles. Su poder obrará millares de prodigios á los ojos de éstos, que serán también instrumentos suyos; verán todas las leyes de la naturaleza sujetas al poder de su Maestro y á su propia virtud; contemplarán á Jesucristo glorioso y resplandeciente despues de resucitado; le tocarán con sus manos, comerán con Él; y su fé será tan vacilante, que Jesús les reprenderá su incredulidad. María, por el contrario, llevará en su alma la fé de la Iglesia entera, y por ella merecerá llevar un Dios en su seno: «Tú eres bienaventurada porque has creído.» Por eso, respondiendo el Salvador á aquella mujer que exclamaba: «Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste;» dijo: «Antes bien bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan (1).» En efecto; María era ya, en cierto modo, Madre de Dios por la fé, y merecía este título sublime aún ántes de haber concebido al Verbo en su seno virginal.

Para ser digna la Virgen Santísima de la alta honra de Madre de Dios, debía poseer, además, la humildad en un heroico grado al cual no se aproximará jamás una criatura; y ésta era, si me atrevo á decirlo, una de las condiciones más fundamentales del gran problema de la Encarnacion cumplido por el libre concurso de la Virgen de Israel. Los santos doctores han comparado la humildad de nuestra Señora al nardo, del cual se dice (2): «Miéntras el rey estaba en el convite, mi nardo dió su olor.» La humildad de la Reina del Cielo, más suave y aromática que todos los perfumes, irá á buscar al amado de su alma

(1) LUC. XI, 28.

(2) CANT. I, 11.

en las alturas inaccesibles de su santuario, y le hará bajar al seno de la Reina de los humildes. Advertid, en efecto, mis amados hermanos, que solo la humildad más profunda podía servir de fundamento al destino supremo de María. ¿De qué se trata para esta Virgen augusta? Ha de compartir la fecundidad de Dios mismo, y llevar en su seno un hijo que será el Hijo único del Padre celestial. Ha de ser investida de una dignidad tan alta, que, segun la doctrina de todos los teólogos, no puede haber otra que la sobrepuje: y el sér criado sobre quien se ha de levantar este edificio majestuoso, no será ni el primer espíritu, ni aún el primero y más perfecto de los hombres, sinó una pobre doncella, último vastago de una familia olvidada.

Esta doncella de Israel recibirá un nuncio celestial, el cual le dirá de parte de Dios, que las tres Personas divinas han resuelto en su eterno consejo, derramar sobre su cabeza todas las grandezas comunicables y posibles á su omnipotencia, y hacerla entrar tan adentro en la gloria, que irá á tocar los últimos límites de los secretos divinos. Ahora bien; para ser digna de semejante vocacion, es menester que la Virgen Santísima escuche el relato de estas incomprendibles magnificencias, sin que venga á mezclarse en tan increíbles revelaciones ni un pensamiento de la tierra, ni una sola reflexion sobre sí misma, ni un primer movimiento de complacencia. En una palabra, es preciso que la dichosa mortal á quien viene á buscar una gloria de tanto peso, ofrezca un abismo de humildad á un abismo de poder, y que el trono de sus grandezas sienta su inmutable fundamento en el olvido más profundo y completo de sí misma. Si en medio de una especie degradada ve Dios una criatura marcada con estos caractéres; si su amorosa mirada descubre un corazon vacío de sí mismo en esta proporción, bajarán sus grandezas infinitas hasta aquel abismo de humildad, y el seno de la mujer más humilde será el templo, el santuario y el tálamo del Verbo eterno. Así la incomparable Virgen se hizo digna, en cuanto podía serlo una criatura, de la honra infinita que fué el premio de su inconmensurable humildad. Entonces ocurrirán en la tierra dos cosas, ó más bien dos maravillas inauditas: Dios elevará la virgen más humilde y modesta al trono más próximo al suyo; la omnipotencia, desplegando toda la energía de su brazo, realzará sin medida la gloria de la hija de Judá: las sillas en que se sientan los querúbines, se bajarán ante la de una simple mortal; y miéntras que se verifiquen estas cosas con aplauso de los espíritus celestiales, abrirá á sus piés la mujer en quien recaigan tantas grandezas, un abismo tan profundo de humildad para ocultar sus virtudes,

que el eterno amor se verá obligado á bajar á él para sentar allí el fundamento de todas sus glorias.

La tercera condicion debía ser una pureza virginal elevada al sumo grado de perfeccion; porque, habiendo corrompido el pecado original la fuente misma de la vida, no podia ni debía el Hijo de Dios al hacerse hijo de la mujer sufrir la ley de la degradacion. Y si Dios debía nacer de una hija de Adán, solo una mujer virgen podia aspirar á la honra de ser madre suya. Mas la bienaventurada María, sin sospechar que está predestinada para la maternidad divina, se consagró á perpétua virginidad desde la más tierna niñez; y tanto estimaba en su corazon esta virtud de origen sobrenatural, que despues de haber oido la embajada del Cielo traída por un arcángel, puso por condicion del ministerio sagrado á que la llamaba la Sabiduría eterna, que será madre sin dejar de ser virgen. Solo este prodigio de pureza, este milagro de cándida inocencia permitía (verificada la caída del género humano) el cumplimiento del misterio de Dios Padre; de suerte, que las inefables virtudes de María tuvieron el poder de abatir á Dios hasta el hombre, y elevar el hombre hasta á Dios.

Todavía hay más. La mujer llamada por el Consejo divino á concurrir inmediatamente al cumplimiento de la obra infinita de la Encarnacion, debía alimentar en su corazon un amor tan puro, vehemente, firme y perfecto á su Dios, que por la omnipotencia del fuego de su alma fuese á buscar el secreto de la sabiduría eterna en el seno mismo del Padre, donde estaba oculto. Era preciso, que atraído el Deseado de los Collados eternos por los extáticos suspiros y los ardientes trasportes de la Esposa de los Cantares, saliese de las profundidades de su gloria para ir á habitar en el seno de la criatura más amante y amada de todas. Es opinion comunmente admitida entre los teólogos místicos, que la Santísima Virgen, desde el primer instante de su vida hasta el día, en que concibió al Verbo encarnado, no hizo más que invocar con sus ardientes suspiros el momento que debía consumir la union del Hijo de Dios con la naturaleza humana; y este es el sentido de aquella sublime estrofa del cántico de María: «Y mi alma saltó de alegría en Dios mi Salvador (1).» Pero ¿sabeis la parte que ambicionaba la humilde Virgen en la obra de la eterna misericordia? Pues no quería más que el honor de ser la sierva, la humilde y fiel esclava de la Virgen esperada por los hijos de Israel.

(1) Luc. I, 17.

é inmortalizada por la profecía del hijo de Amós. El amor del corazon immaculado de María, más ardiente é impetuoso que la llama encendida en el corazon de un serafin, insta por el cumplimiento del misterio que debe salvar al mundo; y su humildad no le permite sospechar, que pueda codiciar otra gloria que la de estar sujeta como una sierva devota y fiel á la mujer dichosa entre todas las mujeres, cuyo seno virginal ha de ser la morada de un Dios. Por eso, uniéndose en su corazon virginal la humildad más profunda y el amor más puro, fuerza á Dios mismo, si me atrevo á decirlo así, á hacerse el hermano del hombre, para que el hombre llegue á ser el hermano de Dios.

Nosotros podemos asociarnos á la vocacion sublime de nuestra divina Madre. El Salvador dijo: «El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre (1).» Así, haciendo nosotros la voluntad del Padre de nuestro señor Jesucristo, podemos tener parte en la Maternidad divina de Nuestra Señora, y contraer una fraternidad gloriosa con Cristo. En efecto; ¿cuál es el objeto final de la Encarnacion? A esta pregunta responde san Pablo con las siguientes palabras: «Dios envió á su Hijo formado de la mujer, para que nosotros nos hagamos los hijos adoptivos de Dios.» Luego, el término final de la Encarnacion es producirnos á una vida divina, á una fraternidad gloriosa con Jesús, que es el Dios bendito en los siglos. Yo soy hermano de Jesucristo por la gracia, y he sido injerto en Jesucristo en el santo bautismo.

Léanse las epístolas de san Pablo, medítese la doctrina de este sublime predicador del mundo sobrenatural, y se comprenderá, que nuestra deificacion en Jesucristo es la gran conclusion del Evangelio que predica á la tierra. «Nosotros somos, dice, una misma cosa con Cristo. Somos participantes de Cristo (2).» «Porque todos los que estais bautizados en Cristo, os habeis revestido de Cristo (3).» «Porque somos hechura de Él mismo, criados en Jesucristo en las obras buenas que preparó Dios para que caminemos en ellas (4).» «Arraigados y sobreedificados en Él (5).» Tenemos pues aquí, que por la gracia nos hemos convertido en hijos de Dios y hermanos de Cristo. Mas ¿qué añade el Salvador? El que hace la voluntad de mi Padre este

(1) MATTH. XII, 50.

(2) HEBR. III, 14.

(3) GAL. III, 27.

(4) EPHES. II, 10.

(5) COLOS. II, 7.

es mi madre: *Hic... mater est*. Incorporados nosotros con Jesucristo por la gracia, participamos de su sacerdocio, segun esta expresion de san Pedro: «Vosotros sois una descendencia santa, un sacerdocio real (1).» Mas el sacerdocio confiere una verdadera paternidad al que ha recibido su carácter sagrado. Así Jesucristo nos engendra á su vida divina por su sacerdocio eterno; y cuando nosotros engendramos un alma á la fé y la incorporamos á Cristo, ejercemos esa paternidad divina que se nos ha comunicado. «Porque yo os he engendrado en Jesucristo por el Evangelio,» decia san Pablo (2). Formar á Jesucristo en una alma es hacer vivir á esta alma la vida de Jesucristo. Ahora bien; así como la Virgen purísima se hizo digna de ser Madre y Madre de un Dios, segun el sentido que hemos explicado, podemos tambien hacernos dignos de participar de su gloria y su felicidad. La fé, decíamos, hizo á María Madre del Hijo de Dios, como lo manifestó su santa prima Isabel. Nosotros no podemos llegar á ser los hermanos y la madre de Jesús sinó elevándonos al heroismo divino de su fé, si es posible. ¿Y vive Jesucristo en nosotros por la fé? ¿Estamos incorporados á Él por la gracia? ¿Somos una misma cosa con Él? ¿Trabajamos segun la voluntad divina por propagar el Reino y la Vida de Jesucristo en las almas? La Virgen Santísima mereció la honra de la Maternidad divina por una humildad tan profunda, que solo Dios conoció y midió la extension de ella. Pues nadie puede aspirar á una fraternidad divina con Jesucristo, ni á esa fecundidad sobrenatural que comunica á las almas que viven de su gracia, sin una humildad verdadera, porque escrito está: «Si no os convirtiereis y os hicieris como párvulos, no entrareis en mi reino (3).» Jesucristo, padre y rey de las almas humildes, no bajará jamás con su gracia á los corazones á quienes ciega el amor de sí mismos, ni pondrá nunca la corona de su gloria en aquellas cabezas altaneras á quienes embriaga el orgullo. La mansion de los escogidos no será jamás la de los hijos de la soberbia, «porque Dios resiste á los soberbios, y comunica su gracia á los humildes (4).»

La virginidad sin mancha de nuestra amable Reina robó el corazón de su amado, y como no hubo jamás una mujer más inocente y pura sobre la tierra, no hay otra que fuese más digna que Ella de la gloria incomparable de tener por hijo al mismo Hijo de Dios. La pu-

(1) I PETR. II, 9.

(2) I COR. IV, 15.

(3) MATTH. XVIII, 3.

(4) JACOB. IV, 6.

reza del alma y del cuerpo es el secreto divino para lograr que descienda á nosotros el espíritu creador de la vida sobrenatural, que hace los santos. Para ser hermano, hermana y madre de Cristo, es preciso nacer del Espíritu y unirse al Amado con los castos abrazos de la gracia. Por eso dice san Pablo: «Pues os he desposado con un solo marido para presentar una vírgen casta á Cristo (1).» El alma casta lleva en sí los gérmenes de la vida divina, y ella sola tiene derecho á la alianza celestial, que la hace esposa, hermana y madre de Jesucristo.

Finalmente, amados hermanos; la Virgen Santísima forzó, digámoslo así, á Dios mismo con los ardientes suspiros y los extáticos trasportes de su amor á que le encomendase su secreto. El amor divino que consumía su alma, la hizo el paraíso de delicias del nuevo Adán, el cual quiso nacer allí á la vida del hombre para traernos en cambio la vida sobrenatural, la vida eterna de Dios. ¡Oh! ¡cuán indiferente es nuestro siglo al santo ardor del amor divino! ¡Cuán fatal es nuestro egoismo al amor que fecunda las almas y las eleva hasta la belleza, siempre antigua y siempre nueva, para hacerlas participantes de la vocacion sublime á que el simple amor llamó á María! Nosotros no amamos á Dios, y somos estériles: no amamos, y nuestras entrañas áridas no tienen una gota de aquella agua que sube á la vida eterna. Amemos, pues, á ejemplo de nuestra dulce Madre; amemos la belleza eterna; amemos la bondad infinita, porque el amor dá una especie de omnipotencia á la nada de la criatura; amemos, porque el amor tiene el poder maravilloso de convertirnos en hermanos, hermanas y madres de Cristo; amemos, porque el amor hizo un Dios del hombre, y de Dios mismo un Hombre Dios.

(1) II COR. XI, 2.